

Hace muchos años, un 26 de diciembre –de eso sí me acuerdo– andaba caminando por una playa vacía del Mediterráneo. La mañana, sosa y nublada, complementaba mi resaca. Mi vida era un lío. A pesar de tener educación y de que no me faltaban las oportunidades, me había convertido en un nómada sin objetivo: en un vagabundo, un borracho, un trabajador agrícola ocasional.

Chapoteaba descalzo en el agua poco profunda, de arriba abajo, con los zapatos en las manos. Las olas pequeñas rompían y se derramaban en la orilla, lamiéndome los pies. Dado que no estaba mirando por dónde iba, podría habérmela llevado por delante, pero el hedor me hizo parar en seco. Dos gaviotas se apartaron enojadas y se echaron a volar.

Al principio no pude reconocerla. Era un gran amasijo gris de algo, enmarcado por un borde oscuro, un hervidero de moscas azules. Un caparazón marrón encerraba el caos interior, que se retorció de gusanos vivos, formas reptantes que escarbaban y se alimentaban en los restos de carne pura y amarilla.

Cuando me di cuenta de que era una tortuga gigante, mi repugnancia dio paso al tipo de melancolía que sólo podía ser inducida por la visión de una criatura varada y muerta, comida por gusanos, larvas y gaviotas en una playa desierta. No había otra cosa que hacer más que contemplarla.

Mi amigo Peter se murió ese 26 de diciembre. Tuvo una muerte de borracho, de mendigo en las calles de Atenas. Puede ser una coincidencia, pero el poeta e intérprete de buzuki Hubert Tsarko, otro amigo íntimo que Peter y yo teníamos, me contó que ese mismo día él se había topado con el cadáver de una oveja, que se pudría a un costado de la ruta, fuera de la casa donde estaba parando en los Pirineos franceses. Esa duplicación de animales muertos no me sorprendió: las cosas a menudo parecen suceder de ese modo, como si en el universo estuviera trabajando una extraña simetría de reflejos, que, por lo general, nos es ajena, pero que, no obstante, manifiesta una frágil y tenue arquitectura, superpuesta sobre las estructuras de un mundo indiferente.

La encefalopatía hepática es causada por el efecto sobre el cerebro de sustancias tóxicas que se acumulan en la sangre como resultado de la insuficiencia hepática. Puede causar alteración de la conciencia, pérdida de la memoria, cambios de personalidad, temblores, convulsiones, estupor y coma.

*BMA Complete Family Health Encyclopaedia*

*Abril de 2007*

Mi hígado ha sido invadido por un virus. En el último diciembre, me dieron un año de vida, a menos que se encontrase un donante compatible. Aun recibiendo el trasplante, hay peligros significativos: el hígado nuevo no me va a curar de la hepatitis viral que tengo, ya que, a su debido tiempo, también va a infectarse. Sin embargo, el trasplante, según a cuánto cotice la sobrevida, me va a comprar tiempo.

Además del hígado enfermo, tengo una locura progresiva, gases que se me concentran en el intestino y que se me filtran en el cerebro. Llamo a esto niebla cerebral, pero los doctores emplean otro término: *encefalopatía hepática*. Una de las ironías de la enfermedad es que a quien la padece le resulta imposible pronunciar ese término.

De noche deambulo por la casa, incapaz de dormir, hablando con gente que no está. Tengo tendencia a conjurar cómplices de la oscuridad. Y me olvido de cosas que se supone ocurrieron, mientras recuerdo otras que probablemente no pasaron.

Una noche, subo al altillo de casa, donde tengo mi estudio, buscando un encendedor. Cuando entro al cuarto, oscilando bajo la doble embestida de la falta de sueño y la niebla mental, tengo una misión. En la mano, llevo un encendedor barato, pero no basta, ya que, de acuerdo con la lógica de-

mente de alguna fugaz obsesión, el encendedor que estoy buscando tiene que ser blanco, y el que llevo es azul, una aberración. Veo el cable que conecta la computadora portátil a la toma de electricidad, y que termina en un enchufe blanco rectangular, que saco, pensando que también podría funcionar como encendedor, e intento encenderlo con el azul, con vencido de que la única manera de prender un encendedor es con otro encendedor. Puedo oler el plástico que se quema, pero, por el defecto de mi conexión cognitiva, soy incapaz de vincular el olor con mi propia actividad, hasta que me doy cuenta de que el enchufe, que se está derritiendo, me quema los dedos. En ese momento, soy consciente de mí mismo como presencia ajena, una completa anomalía, un hombre de pie y solo en su estudio, que, infructuosamente, ha tratado de quemar una computadora o –lo que es igual– su memoria. Al día siguiente encuentro los restos chamuscados del enchufe, colgando de mi escritorio.

En otra ocasión, Rhiannon, mi hija de catorce años, me descubre abajo, en la sala de estar, tratando de rellenar un gran reloj despertador con pan. Ahí estoy, agónicamente concentrado, apretando con el pulgar una bola de miga contra la maquinaria. Estoy murmurando: *Esto pasa todo el tiempo*. Al menos, es lo que me cuenta mi hija: yo no recuerdo lo que sucedió.

Busco en vano cualquier explicación o simbolismo detrás de esas temporarias pérdidas de la razón, o de orientación básica. Además, son pocas las oportunidades para reflexiones de este tipo. Una noche, Rose, mi esposa, me encuentra caminando en círculos alrededor del dormitorio, y sólo voy contestarle a lo que me pregunte levantando un brazo y diciendo “No”, en voz alta, como un acólito de Mussolini, y con monólogos más tranquilos, a veces apenas audibles, y no necesariamente en inglés, sino, en oportunidades,

en otras lenguas, tanto conocidas como inventadas. Con el tiempo, me calmo, pero a la mañana siguiente, temprano, Rose no puede despertarme y tiene que llamar a la ambulancia para que me lleven al hospital. No la reconozco a ella ni a nadie, y estoy en un estado semiconsciente, que, para alarma de Rose, declina, casi en coma. No recuerdo nada de nada de la noche anterior ni del día siguiente. En la unidad de terapia intensiva, un doctor le dice a Rose que tal vez yo no salga de ésta, que la situación es delicada. Más tarde me entero de que sólo uno de cada cinco pacientes sobrevive al coma ocasionado por una encefalopatía.

Antes de quedar completamente inconsciente, seis paramédicos y enfermeros tratan de sedarme, y peleo contra ellos sacudiendo brazos y piernas. Dado que los esfuerzos de los paramédicos no funcionan, Rose intercede, tratando de calmarme, y murmura palabras reconfortantes, pero no puede contenerme, mi cuerpo está fuera de control y no reacciona a ninguna instrucción. Una de las enfermeras piensa que estoy borracho; Rose le informa enfáticamente que no he bebido alcohol en muchos años.

Pero, a pesar de mi abstinencia, la hepatitis viral me está destruyendo el hígado, reduciéndolo a la última etapa de la cirrosis. Como dice un sitio web confiable: “En estado avanzado, la cirrosis hepática se caracteriza por una merma de proteínas, que se advierte en la pérdida de masa muscular, en el déficit de albúmina en sangre y en un perfil de aminoácidos anormal. La cirrosis, que trae aparejado un despilfarro de proteínas augura, un mal pronóstico y una sobrevida reducida”. Una vez que uno alcanzó ese estadio, la suerte está echada.

Cirrosis hepática, úlceras del duodeno, esófago perforado, trombocitopenia, hernias umbilical e inguinal, várices rotas: el pronóstico es malo, y las deficiencias de mi hígado al proce

sar las proteínas hacen que se me filtre el amoníaco al cerebro, causándome una locura temporaria. Puedo escribir esto en un momento de lucidez, completamente consciente de que es más que inminente otro ataque. Podría sufrir uno ahora mismo, mientras estoy escribiendo sentado ante el escritorio, aunque las posibilidades de que ocurra se hayan reducido, aparentemente, al limitar el consumo de proteínas a cambio de una gran cantidad de carbohidratos. Para ayudarme con la encefalopatía también me dieron algún medicamento, lo que hace que uno cague al menos tres veces por día, y a menudo más. Me acelera los procesos digestivo y excretorio. De ese modo, las toxinas que pasan por el hígado tienen menos tiempo para transformarse en amoníaco y para nublar me el cerebro. Evito la locura cagando más. Me divierte la manera en que el bienestar del cerebro y el del intestino están tan conmovedoramente interconectados. Hay que sacarse la mierda de encima antes de que a uno le llegue al cerebro.

Al igual que muchas personas enfermas, niego mi estado de salud. Pero esa negación se facilita por la notable sensación de bienestar, de catarsis incluso, que disfruto al librarme de ese último episodio espantoso del hospital, a continuación de mi colapso.

Al día siguiente, estoy en el baño de mi casa y experimento lo que sólo puede describirse como una especie de epifanía. Comenzando como un goteo, la mente gradualmente se me inunda con un torrente de ideas delirantes, que bullen por salir y, en contraste con el sopor embrollado y nebuloso de semanas anteriores, la claridad de mi pensamiento tiene el impacto de una revelación. Mientras estoy debajo del agua caliente de la ducha, con el sol de primavera derramándose por la ventana del baño, me sobrecoge un presentimiento físico de bienestar, de buena salud y energía, y

empiezo a convencerme de que el *poder de la imaginación* me va a guiar a lo largo del proceso de sanación, y que ese proceso va a ser alcanzado a través de mi trabajo, con los poemas y cuentos que escribo. Al advertirlo, se me hace presente, en rápida sucesión, una lista sumaria de tareas: artículos, proyectos, libros enteros, que, hasta entonces, sólo habían tenido los contornos más vagos, asumen una claridad asombrosa y, a la manera de un escultor que ha estado mirando un bloque de mármol durante un tiempo intolerable, y que luego ve la figura que se encuentra oculta en la piedra hasta en el más mínimo detalle, sé exactamente lo que tengo que hacer. Ordeno mentalmente esos trabajos embrionarios y, por un rato, les busco la vuelta –considerando para cada uno su posible realización– y, con una alegre certeza bullendo en mi cerebro, salgo de la ducha, me seco y corro a mi estudio, para anotar todas las ideas que se me ocurrieron en el baño.

Es como si toda esa energía, todo ese poder creativo, hubiese permanecido en estado latente, suprimido por la inercia de estos últimos meses, en los que he sido incapaz de escribir nada, o incluso de pensar coherentemente; y es la *enfermedad misma* la que me ha sumido en ese lugar oscuro, secreto, inconsciente donde, paradójicamente, nacen nuevas ideas. He salido a la superficie desde el interior de un pozo oscuro y hueco, y con la luminosidad del baño y el agua precipitándose sobre mí, todo parece encajar sublimemente en su lugar.

Mucho más tarde, esa misma noche, con la mirada fija en el ruido blanco de la TV, reflexiono sobre lo que ocurrió y me doy cuenta de que hay algo profundamente sospechoso a propósito de toda esa euforia.